

Una experiencia de integración del niño sordo a la escolaridad normal

Isabel Martínez / Nuria Silvestre

Experiencia pedagógica desarrollada en el «Liceo Sant Jordi» de Barcelona durante cuatro años sobre la integración de niños sordos en una escuela de oyentes. Esta integración se apoya en personas especializadas, que se interaccionan constantemente con el trabajo y la realidad cotidiana de la clase. Consideran el problema del niño sordo como un problema de aprendizaje y de construcción de conocimientos.

deficiente auditivo, educación especial, integración escolar, práctica pedagógica

La práctica pedagógica se ha ido centrando progresivamente en las diferencias entre los individuos, creando grupos y subgrupos especiales en función de déficits o supuestos déficits (discalculias, dislexias, etc), centros especiales, que pretenden ser adecuados a su déficit, iniciándose la creación de aulas paralelas, separadas de la escolaridad normal en las escuelas, también supuestamente adaptadas a la especificidad de cada deficiencia (aulas paralelas para sordos, aulas paralelas para débiles mentales...) y situaciones paralelas para niños que no pueden seguir el ritmo de clase...

La experiencia que-presentamos enfoca la cuestión de forma distinta, tomando como base las características comunes a todo ser humano en desarrollo, tanto del niño que presenta algún déficit como del niño llamado normal. Aspectos comunes que el desarrollo unilateral de la enseñanza especial nos ha hecho olvidar a menudo.

En nuestro caso, si bien es cierto que el niño sordo precisa de una atención pedagógica adecuada a su handicap, no está todavía demostrado, y creemos difícil demostrarlo, que esta atención deba constituir el eje de toda su educación.

Creemos, por tanto, necesario abrir un debate que basándose en la reflexión sobre las experiencias realizadas hasta ahora, permita dar una alternativa educativa que supere la excesiva circunscripción a los aspectos diferenciales y responda a la vez a las necesidades educativas comunes a toda evolución psíquica infantil y a sus características específicas: por supuesto el posible déficit mental o sensorial, pero también aspectos tan importantes y diferenciales como medio socio-cultural en que se desarrolla (1).

En esta perspectiva no nos interesa tanto analizar ahora nuestra experiencia desde el punto de vista de los resultados obtenidos en la educación de los niños sordos integrados a la escolaridad normal (2), como principalmente reflexionar sobre las interacciones a las que ha dado lugar la presencia de los niños sordos en una escuela de oyentes a lo largo de 4 años, desde el punto de vista del funcionamiento de la clase, de la escuela y de la actitud de padres y maestros.

¿POR QUÉ EL NIÑO SORDO EN LA ESCUELA DE SORDOS?

Este interrogante fue el punto de partida de la experiencia. Nuestras primeras respuestas eran semejantes a las de cualquier persona a la que la práctica de «los sordos con los sordos» ha impedido reflexionar sobre la cuestión (3).

En primer lugar: en una escuela como la nuestra, basada fundamentalmente en la trasmisión verbal de conocimientos, el niño sordo no podría aprender, se sentiría marginado por el resto de niños, dificultaría el ritmo de la clase y difícilmente sería aceptado el hecho por los padres y maestros. En segundo lugar, si bien es cierto que a nadie se le ocurre plantear directamente que el sordo es menos listo que el oyente, sino que potencialmente posee las mismas capacidades intelectuales, sin embargo en el momento de asignarle una función social siempre lo situamos en el trabajo manual, es decir en el sector de la producción en el que se acumulan los tontos o los que,

dicho en los términos progresivos de nuestros días, por otras razones tampoco han podido desarrollar sus capacidades; sólo apurando el tema sería imaginable que un sordo llegara a ser un científico, en el caso de que pudiera tener unas condiciones óptimas de aprendizaje.

Bien, el problema del sordo es pues de aprendizaje, de posibilidad de construir los conocimientos. Pero ¿cuáles son las condiciones óptimas para que el sujeto construya sus propios conocimientos? Si son las de la escuela de oyentes actual y el sordo no progresa en ellas debemos construir una escuela adaptada al sordo, pero en el caso que la escuela fundamentada exclusivamente en la transmisión verbal que tenemos actualmente, no sea la óptima, entonces, no nos precipitemos en construir escuelas para sordos, no nos dejemos llevar por apriorismos. Veamos si las modificaciones que conlleva la presencia del sordo en una clase y en una escuela se definen sólo por lo negativo (efecto retardatorio del ritmo de la clase, marginación, etc.) o puede aportar también aspectos positivos.

EL NIÑO SORDO EN LA ESCUELA DE OYENTES: UNAS PRIMERAS OBSERVACIONES.

En la actualidad tenemos escolarizados seis niños, de edades comprendidas entre los cuatro y los diez años, en una escuela privada de EGB. La integración de los niños sordos en nuestra escuela se apoya en personas especializadas que, interesadas en proseguir la investigación del aprendizaje del lenguaje a un nivel metodológico, se interaccionan constantemente con el trabajo y la realidad cotidiana de la clase. Este personal cubre, además, las necesidades específicas del niño sordo (articulación, educación auditiva, ...) y apoya el trabajo de la clase, lo cual plantea una dinámica de intercambio con los maestros (4).

Una serie de experiencias de dinámica de clase, vienen apoyando lo positivo de esta integración. Quizá en otro momento podamos explicarlas con más detalle. Hemos elegido hoy una de ellas, que nos parece ilustrativa. Se llevó a cabo de una clase de lenguaje de 5º nivel. Se había pedido a los niños que hicieran una relación de las palabras no comprendidas en una lectura colectiva. La diferencia entre la relación de F., el niño sordo, y los demás, era muy notable. Discutiendo el hecho con el equipo de especialistas, vimos la conveniencia de controlar si realmente los demás niños comprendían las palabras que habían dado por conocidas y que él, en cambio, había mencionado en la relación. Realizamos un trabajo en la clase, en el que debían utilizar estas palabras, y el resultado demostró que la inmensa mayoría de los niños tampoco las entendía. Simplemente habían confiado en comprender globalmente el contexto, o algún comentario del profesor les había dado una idea momentánea, o, sencillamente, no se habían preocupado demasiado. En cambio F. es muy consciente de su limitación en este sentido, es un niño que «no deja pasar nada». Sabe que ha de superar una dificultad, sabe que un comentario que pierda le puede hacer perder el hilo del asunto, y nunca se confía. Necesita explicaciones claras y concretas a las cuestiones que vayan surgiendo. Su sentido crítico es muy grande, y nunca tiene inhibición para exponer sus dudas, porque, para él, comprender es esencial. Esta experiencia nos llevó a una reflexión con toda la clase que resultó muy rica.

Cierto que a veces esta actitud del niño sordo puede resultar «molesta» para el profesor (los niños suelen aceptarla mucho más naturalmente) pero también es cierto, y creemos que esto es esencial, que le obliga a una constante revisión de su manera de expresarse, de la claridad de sus explicaciones, del lenguaje de la clase, en una palabra, de su metodología de trabajo; todo ello no puede menos que resultar positivo. Sin embargo, el aspecto que consideramos fundamental de la experiencia no se reduce a una mejora estrictamente metodológica sino que tiene implicaciones mucho más amplias respecto a la educación del resto de niños que conviven con los sordos. La comprensión de que un niño sordo es prioritariamente un niño como ellos, con formas de comunicación a veces no tan distintas a las suyas, se adquiere a partir de la convivencia escolar de forma natural y esta naturalidad viene dada por un proceso de evolución que se inicia en el preescolar «*donde el código fundamental de comunicación entre los niños oyentes no pasa por el lenguaje oral precisamente y la incorporación de un niño sordo no varía la dinámica de funcionamiento del grupo*» y que en las sucesivas etapas permite la valorización de unos aspectos de la persona humana que en la escolaridad tradicional quedan ignorados.

A título de ejemplo, hemos recogido algunas de las respuestas dadas por niños de nuestro centro y las obtenidas de niños que no tienen contacto escolar con niños sordos, a preguntas del tipo:

- ¿Crees que un niño que no puede oír puede comunicarse con los demás?

- ¿Crees que este niño podría estar en tu clase?

Las respuestas de ambos grupos no difieren tanto en la primera respuesta genérica, que es en la mayoría de los casos afirmativa para ambas preguntas, sino en los ejemplos que dan. Los niños de nuestro centro (5) llegan incluso a sorprenderse de la pregunta diciendo: «Soy amigo de P. y de J. y me entiendo muy bien con ellos», exponen situaciones concretas en las que ha existido una real comunicación por distintos canales (experiencias vividas por un niño sordo que transmite a los demás, situaciones de pelea, de juego, etc.). Los niños del otro grupo exponen situaciones hipotéticas (sí, si pueden llegar a leer y a escribir igual que nosotros...) que niega de alguna manera la afirmación genérica inicial.

Pero la dinámica de la escuela no se termina con los niños, enseñantes y el equipo especializado; a lo largo de estos años ha habido también un proceso de evolución por parte de los padres de los alumnos de la escuela.

Si bien es cierto que en ningún momento hubo una oposición a la integración de los niños sordos, sí se manifestaron susceptibilidades. Estas venían dadas por dos factores: uno el desconocimiento del problema y otro el miedo a que esta nueva situación bajara el rendimiento de sus hijos.

En el momento actual no solamente se han hecho manifestaciones explícitas («pienso que mi hijo ha enriquecido su capacidad de convivencia») sino que la Asociación de Padres colabora activamente para solucionar problemas materiales que se plantean a nivel de recursos para poder cubrir la asistencia especial y la investigación.

Pensamos que uno de los aspectos más importantes de esta experiencia de integración son los trabajos de los maestros; el conocimiento más detallado de esta práctica puede ser útil para abundar sobre el punto de partida. ¿Debe ser marginado a la enseñanza especial o a las clases paralelas el niño con problemas?

Los resultados que podemos presentar hasta este momento son estadísticamente escasos, pero lo bastante sugerentes y estimulantes como para continuar con nuestro trabajo.

-
- (1) Los interesantes trabajos de L. Lurcat muestran cómo la escuela actual no sólo no tiene en cuenta los aspectos diferenciales debido al medio socio-cultural de origen, sino que ellos representan un fracaso escolar masivo y selectivo para los niños de las clases populares.
-
- Ver bibliografía.
-
- (2) Martínez, I. y Silvestre, N., Aprendizaje a integración del niño sordo a la escolaridad normal. Instituto de Ciencias de la Educación. Universidad de Barcelona, n.º 38. Barcelona, 1976.
-
- (3) En este sentido hemos realizado una pequeña encuesta a maestros que trabajan en centros de niños oyentes.
-
- (4) El equipo de personal especializado está integrado por:
-
- Xana BARLET. Maestra.
-
- Isabel FERRE. Logopeda.
-
- Isabel MARTÍNEZ. Logopeda.
-
- Nuria SILVESTRE. Psicóloga.
-
- (5) Escuela de EGB «Liceo Sant Jordi»

-La Maternelle: Une école différente?. L. Lurcat, Les éditions du Cerf, París, 1976.

-L'échec et le désintérêt scolaire a l'école primaire. L. Lurcat, Les éditions du Cerf, París, 1976.